

**CONDICIONES.**

Se publica todos los domingos en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.  
Además ocho páginas en octavo prolongado de novelas compaginadas con láminas sueltas.  
Contiene igualmente figurines, dibujos, labores y patrones.

**PRECIOS.**

En Madrid...	Un mes.....	8 rs.
	Tres.....	23 »
	Seis.....	44 »
En provincias.	Un año.....	82 »
	Un mes.....	10 »
	Tres.....	27 »
Ultramar y extranjero.....	Seis.....	52 »
	Un año.....	100 »
		8 ps. fs.

# LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

DE

INSTRUCCION PRIMARIA, EDUCACION, LITERATURA, CIENCIAS, LABORES,  
SALONES, TEATROS Y MODAS.

**DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.**

Y DECLARADA DE TEXTO POR REAL ÓRDEN DEL 15 DE NOVIEMBRE DE 1864,  
AUTORIZANDO A LAS ESCUELAS NORMALES DE MAESTRAS Y LAS SUPERIORES DE NIÑAS PARA QUE SE SUSCRIBAN  
CON CARGO AL MATERIAL.

**DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.**

## SUMARIO.

*Necesidades de asegurar los servicios de la primera enseñanza*, por D. Leandro A. Herrero.—*Agosto*, soneto, por doña Faustina Saez de Melgar.—*El paso de las Termópilas*, por D. Joaquín Tomeo y Benedicto.—*Imposible*, balada, por D. Carlos Caro y Nuñez.—*La literatura en la mujer*, por doña Faustina Saez de Melgar.—*Balada*, poesía, por D. Angel Mondejar y Mendoza.—*Mariquilla la idiota* (continuación), novela, por doña Rogelia Leon.—*Esplicacion del figurin*.—*Variedades*.  
Pliego diez y ocho de *Angela ó El Ramillete de Jazmines*, novela original de doña Faustina Saez de Melgar.

## NECESIDAD DE ASEGURAR

LOS

### SERVICIOS DE LA PRIMERA ENSEÑANZA.

La instruccion pública es el barómetro que señala mejor la altura de la prosperidad moral y material de las naciones; segun es el desarrollo de su vida intelectual, así son tambien las augustas manifestaciones

de su perfeccionamiento real y positivo, y á medida que la instruccion se generaliza vemos que se ensancha la órbita del progreso, y que se traducen en hechos prácticos y beneficiosos sus divinas reacciones contra la barbarie.

A generalizar, ó mejor dicho, á popularizar la instruccion pública en todos los centros sociales, así en los altos como en los bajos, haciendo participantes de sus escelencias á todas las clases y á todos los individuos, deben encaminarse principalmente las miras y la accion de un gobierno ilustrado; y no merecerá bien de la patria si no imprime un sello de grandeza en este importantísimo ramo de la administracion, el primero entre todos por su augusta gerarquía, y el más digno de ser atendido.

Y si esto decimos en general de la enseñanza pública, con más especialidad debemos aplicarlo á la primaria, base y fundamento de la instruccion, piedra angular sobre la cual se eleva el edificio soberano de la civilizacion, y manantial fecundo de todos los bienes, del cual podemos esperar que broten raudales de luz y de hermosura, á costa de muy pocos esfuerzos y de muy pequeños sacrificios.



Mucho se ha declamado y se ha escrito en pro de la instruccion, llamando la atencion de los gobiernos acerca de la conveniencia de asegurar en debida forma el cumplimiento de este servicio público, reclamando para la enseñanza una libertad más ó menos racional y prudente, exigiendo la independencia del profesorado, con otras reformas sensatas y justas que la índole y tendencias de los tiempos, las conquistas del espíritu humano y las adquisiciones de la verdad han hecho necesarias; pero en medio de esta algarabía filosófica que se levanta por todas partes; en medio de las declamaciones de la prensa periódica, que no puede tratar la cuestion sin darla color político, vemos que nadie vuelve sus ojos hacia la primera enseñanza, que los filósofos y los pensadores, engolfados en el océano turbulento de la política se apartan de ella, si no con desden con indiferencia, y que los gobiernos movidos tal vez por causas idénticas, no conceden á este servicio la atencion y preferencia que reclama, dando al olvido su carácter elevadísimo y trascendental.

En aquellas naciones donde el progreso avanza con paso fardo y perezoso, no bastando su fuerza á estirpar de un golpe y de raíz las viejas preocupaciones y los errores que forman la noche del dolor de las inteligencias, la reforma de la primera enseñanza, su prosperidad y desenvolvimiento, representan un gran paso dado en la lóbreguez de las tinieblas hacia la luz. Merced á su perfecta organizacion se garantizan sus beneficios, y aquellas infelices localidades, separadas por enormes distancias de los grandes centros de poblacion, reciben una parte de la aurora del progreso, que no puede ser completo mientras no bañe como el sol todos los ámbitos del globo.

En otra ocasion apuntamos ya en este periódico algunas de las reformas de primer orden que en nuestro humilde concepto necesitaba la primera enseñanza, considerando como necesidades apremiantes la idoneidad é independencia del profesorado, el aumento de sus prerogativas, así en el orden político como en el social, y el deber que tienen los gobiernos de asegurarle una posicion honesta y decorosa, susceptible de destruir la especie de anatema que gravita sobre él, y de despertar en su alma los gérmenes de su grandeza y dignidad; hoy, como entonces, y como siempre, no desistimos del propósito de levantar la voz en la forma que nos está permitido, para abogar en pro de los servicios de la

primera enseñanza, cuya organizacion dista mucho de ser perfecta ni de vivir en armonía con las aspiraciones del espíritu moderno.

Por efecto de una fatalidad inconcebible, sucede en algunas de nuestras provincias que los maestros de primera enseñanza no perciben sus haberes en el tiempo oportuno, dejando las autoridades locales transcurrir meses enteros y aun años sin realizar los saldos correspondientes. Tal miseria evidencia los vicios que entorpecen á la máquina administrativa de la nacion, y el atraso que sufren en España las ciencias económicas.

Si á la pequeñez del sueldo del magisterio se añade la falta de exactitud en el cobro, se tendrá una idea bastante aproximada de los daños que sufre esta benemérita clase, y del estado doliente y menesteroso en que se halla. De aquí su falta absoluta de independencia, y de aquí tambien las vejaciones de que frecuentemente es victima, sometida como está á la presion de los poderosos. Semejante ignominia no se puede contemplar sin indignacion.

En vigor se halla la ley de Setiembre de 1857 que prescribe á las autoridades locales remitan en fines de mes á los gobernadores prueba justificada del saldo de los servicios de la primera enseñanza; pero aunque la ley está en vigor, parece que ya no obliga á nada, segun se han desatendido las obligaciones que impone, de tal modo, que el espacio de siete años ha bastado para robarla toda su eficacia, con mengua de los altísimos intereses que se confiaron á su custodia.

Y de tal manera se acrecientan y multiplican los males, que, al paso que van, no solo anulan la responsabilidad legal que contraen las autoridades que contravienen á lo establecido en la legislacion vigente, sino que con tal desden se mira lo que afecta al interés de este ramo, que las autoridades parecen haber quedado escluidas hasta de responsabilidad moral, segun dejan impunes los desafueros que se cometen.

En la misma ley de 1857 se prescribia á los gobernadores que cada trimestre remitieran á los alcaldes una nómina impresa, donde los maestros acreditasen el cobro de sus haberes: en muchas provincias se ha suprimido ya el cumplimiento de esta prescripcion, y aunque no la juzguemos necesaria en su valor intrínseco, siempre es un abuso cometido con menos precio de la ley.

Localidades hay donde es materialmente imposi-



ble á los alcaldes cubrir los servicios de la enseñanza primaria por carecer de fondos consagrados á este objeto: en donde esto sucede, no deben ignorar que pueden arbitrarlos, gravando hasta en un 30 por 100, si es preciso, la contribucion territorial, y hasta en un 50 por 100 la de consumos. En otras localidades, por el contrario, no se cubren los servicios públicos, por haber sido entregados á la desamortizacion civil los bienes que los aseguraban. Donde esto suceda, tienen los gobernadores el deber imprescindible de realizar las liquidaciones convenientes, y de entregar á los pueblos los intereses del 80 por 100 del producto líquido de los bienes desamortizados que les corresponden.

La situacion lamentable del profesorado en muchas provincias, y el desórden que reina en casi todas ellas respecto á la administracion de la primera enseñanza, demuestran prácticamente que la ley de 1837 es ya ineficaz para asegurar en debida forma este servicio público, y que debe anularse, despues de elaborada otra que reporte mejores ventajas, más economía de medios, y más seguros resultados.

Todo esto podria conseguirse de un golpe centralizándose los fondos destinados á la enseñanza primaria, así como se hizo con los del clero parroquial, que disfruta hoy de una independencia envidiable. De todos modos la ocasion no puede ser más propicia para legislar sobre la materia, y seria loable que los publicistas cooperaran á este fin; ilustrando á los gobiernos.

LEANDRO A. HERRERO.

## AGOSTO.

### SONETO.

Limpia, azulada, pura y trasparente,  
Agosto nos presenta su alta esfera.  
Y Apolo sigue su triunfal carrera,  
Con sus rayos hiriendo nuestra frente.  
De súbito una mancha levemente  
Turba el diáfano azul que reverbera;  
Y estendiendo sus alas altanera,  
Tórname en una masa prepotente.  
Informe, negra y de vapor cargada,  
Estalla altiva en inclemencia suma.  
Y aparece despues la faz rosada,

Entre flotantes copos de alba espuma.

Calma profunda, tempestades, viento,  
Tal es de Agosto el vário movimiento.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

## EL PASO DE LAS TERMÓPILAS.

Jerges, el hijo de Darío, habia empuñado el centro de Persia, en el cual su difunto padre acababa de engarzar como brillantes joyas la Tracia y la India, la Macedonia y las Islas Jónicas.

El primer paso que dió el nuevo rey fué contra el Egipto; la victoria pareció halagarle, y presto miró á sus plantas á los rebeldes hijos del Nilo.

La Grecia, aquel país de eterna primavera, que altivo y orgulloso con su independencia, habia sido siempre la pesadilla de los persas; aquel pueblo pobre y sencillo que en los campos de Maraton hizo rodar en el polvo los estandartes de Darío, suscitó de nuevo el enojo de Jerges, el cual, ufano con su poderoso ejército, compuesto de dos millones seiscientos cuarenta y un mil combatientes y trescientas naves, se aprestó á vengar á la Persia de tantas humillaciones.

Grecia vió aparecer en sus fronteras aquella hueste formidable que avanzaba cubriendo los montes y los valles, como torrente de un cauce desbordado; pero Grecia desconocia el pavor, y aunque atacada por diferentes puntos, defendiase heroicamente, supliendo el número su aliento sin igual.

Jerges, con lo más escogido de su ejército, y mientras el resto asolaba el país, se dirigió contra los atenienses y lacedemonios, reunidos bajo un mismo pendon.

La Grecia sucumbió; sin embargo, era necesario pasar al África; para ello se necesitaba franquear las Termópilas, estrecho desfiladero de solo veinticinco piés de anchura, entre el mar y las escarpadas rocas.

Los griegos, casi vencidos, pero no humillados, conocieron lo útil que era guardar aquel punto, y tendieron su mirada hácia Leonidas, rey de Lacedemonia, y Leonidas, al frente de trescientos vasallos, se dirigió á defender el estrecho. Al mirar Jerges aquel puñado de hombres que intentaban oponerse á su marcha, se sonrió con desden, y en su desprecio mandó mensajeros al rey lacedemonio, pidién-



dole *tierra y agua*; fórmula con que amenazaba: *ven tú á tomarlas*, le contestó el heroico griego.

—«Mi ejército es tan numeroso, decia el persa, que con una sola flecha que arroje cada soldado se oscurecerá el sol.»—«Mejor, contestó Leonidas; así pelearemos á la sombra.»

Exasperado Jerges, hizo avanzar sus huestes, que se adelantaron rugientes hácia á aquellos trescientos soldados, casi niños, que la patria en el último esfuerzo arrancaba del maternal regazo, para que su sangre fecundase el árbol de su libertad. . . .

Era en las Termópilas.

Rocas altas y escarpadas, cuyas cimas parecían tocar las nubes, se alzaban á la orilla del mar, separadas de ellas por una estrecha llanura.

La aurora describía las cortinas de la noche, y en el Oriente se deslizaba un tibio rayo de luz blanca y sonrosada.

El firmamento, puro y radiante, retrataba su azul en las tranquilas aguas del Océano; la brisa rizaba con espumas el cristal de las olas, y las aves marinas cruzaban en rápidos giros, anunciando con alegres chirridos la aparición del día.

Los primeros tintes de la mañana iluminaron una tropa de guerreros que, tendidos sobre las peñas, se entregaban al descanso: eran Leonidas y sus trescientos lacedemonios que esperaban á Jerges y su formidable ejército.

Al despuntar los primeros rayos del sol, la hueste se agrupó en torno de su jefe, que les arengó nuevamente. *¡Muerte ó victoria!* gritaron todos entusiasmados. Lágrimas de ternura rodaron por las mejillas de Leonidas, el cual, empuñando su daga, trepó á una roca, y grabó en ella con el acero estas sublimes palabras: *Pasajero, ve á decir á Lacedemonia que hemos muerto aquí defendiendo sus leyes.*

Un rumor extraño llamó la atención de aquellos bravos: aquel eco traído por la brisa no era el murmullo del mar que hacia dos días estaban escuchando. ¿Sería tal vez el ejército que esperaban?

Este fue el pensamiento de todos, que, mirándose sorprendidos unos á otros, corrieron con ansia á los más altos picos de las rocas.

Un grito de asombro salió de todos los labios; ¡eran ellos, los persas!

Allí se veían avanzar los negros soldados del África, los caballeros cubiertos con armaduras de oro, los elefantes sosteniendo sobre sus lomos torres

coronadas de guerreros; era, en fin, un mar que se adelantaba destruyendo.

Al ver los persas á los lacedemonios exhalaban un alarido espantoso que retumbó en los montes, y una nube de flechas fué lanzada contra los griegos, que la recibieron con la serenidad de los héroes.

El combate se hizo general; el genio del estermio batió sus rojas alas entre el polvo de la pelea; Leonidas y los suyos fueron acuchillados sin piedad; el mar ensangrentó sus ondas, y el ejército enemigo pasó por último el estrecho sobre una alfombra de cadáveres.

Después..... todo quedó en silencio, solo interrumpido por el susurro de las olas y el aletear de los buitres que revolaban sobre los muertos.

Cuando llegó la noche, la luna sirvió de funeral antorcha á los heroicos griegos.

Un grito de venganza resonó en Atenas al saberse la derrota de aquellos mártires; la Grecia hizo un postrer esfuerzo al recuerdo de sus trescientos hijos sacrificados; millares de naves aparecieron como por encanto ante la victoriosa escuadra de Jerges; aquellas naves izaban el pabellon griego, y sembraban entre el enemigo la muerte y la destrucción.

Los manes de los lacedemonios, que errantes vagaban por los peñascos de las Termópilas, quedaron satisfechos, cuando el viento les trajo sobre las aguas el grito de desesperación lanzado por la Persia al hundirse en Salamina la escuadra que reputaba invencible.

Animados los griegos por el señalado triunfo conseguido en el Océano, se reponen, se unen y se lanzan contra el enemigo, que en medio de su espanto casi no tiene ya fuerzas para resistir á un contrario que ya creía exterminado.

Derrotado completamente el persa en Micala, abandona el mar y solo trata de defenderse en tierra; pero en los campos de Platea deja tendidas sus legiones, y sus trescientos mil hombres los ve reducidos á tres mil solamente.

La sangre de los lacedemonios no fué estéril á su patria; su recuerdo encendió en el ánimo de los espartanos la sed de venganza que más tarde les dió el triunfo sobre el poderoso enemigo cuyas cadenas habían visto ya pendientes de sus cuellos.

La defensa de las Termópilas se conservará siempre en la historia como un alto ejemplo de heroicidad y de amor patrio.

JOAQUIN TOMEY Y BENEDICTO.



**IMPOSIBLE.****BALADA.**

Fuego tengo en el alma, hermosa mía;  
 Fuego tengo en el pecho;  
 Fuego vierte tu voz, fuego tu vista,  
 Fuego tu dulce beso.

Humo solo es mi dicha, humo el cariño  
 Que los dos nos tenemos;  
 Humo tambien el porvenir tranquilo  
 Que forjan nuestros sueños.

¡Triste es el lazo que á los dos nos une!  
 Más ¿quién podrá romperlo?  
 ¿Quién ¡ay! el humo del placer perdido  
 Podrá alejar del fuego?

CÁRLOS CANO Y NUÑEZ.

**LA LITERATURA EN LA MUJER.****INTRODUCCION.**

No hace mucho tiempo que nuestros padres miraban con marcado disgusto la afición de las mujeres á las letras. ¡Error! ¡Triste error! que aún todavía, por desgracia, ofusca los claros entendimientos de personas dignísimas, y coarta el noble impulso de muchos espíritus tímidos y apocados que lanzarían su gigantesco vuelo si halláran aire libre donde estender sus alas.

La jóven dotada de sensibilidad y corazón ardiente, que al salir de la infancia sintiera en su pecho el fuego de la inspiración, alzaría muy alta su voz, si en vez del ridículo y el sarcasmo encontrara emulación y elogios prodigados sinceramente por propios y extraños. Empero, lejos de ser así, ha sucedido lo contrario á casi todas las escritoras españolas. Esta ha sido la causa de que su desmayado acento no se haya hecho sentir con el brio necesario, haciendo resonar su nombre por todos los ámbitos de Europa.

Apenas hace media docena de años era escasísimo el número de señoras que tenían el suficiente valor para luchar con las preocupaciones del siglo, oponiendo su inquebrantable firmeza á la tenaz y sistemática oposición de sus familias, que preferían verlas con la aguja ó la plancha, mejor que permitir

esclareciesen sus entendimientos con la hermosa antorcha de la ilustración.

Hoy por fin, una multitud de jóvenes cantoras siguen la senda trazada por aquellas, y con la lira en la mano y el sentimiento en el alma, se lanzan á defender sus derechos, y á demostrar á la faz del mundo la injusticia de esa ciega y fanática prevención, probando con elocuentísimos ejemplos, que la mujer escritora puede dedicarse á las más áridas tareas literarias sin desatender sus deberes y sin desmerecer en nada del renombre de modesta y virtuosa.

Yo también uniré mi voz á las suyas, y me esforzaré en probar lo que llevo dicho, en la serie de artículos que seguirán á esta ligera introducción, haciendo ver á los corazones egoístas que aún nos rechazan, lo infundado é injusto de su oposición, demostrando que la literatura en la mujer, lejos de ser perjudicial, es hasta conveniente y necesaria.

La que recibe del Sér Supremo el inestimable don, que no á todas es concedido, debe solo por esta circunstancia que la eleva sobre las miserias humanas inspirar veneración y respeto, y hallar doquiera amor y simpatías, porque su genio y su númen la convierten en un ángel, y se esfuerza gastando los tesoros de su abnegación y ternura en derramar en torno suyo el consuelo y la paz.

Es verdad que no todas las que escriben versos y publican volúmenes son poetisas. ni poseen las dotes que enumero: hay muchas de buen talento, pero que tienen un alma tan raquítica y tan llena de vanidad y egoísmo, que no puede considerárselas en este número, y si en el de genios del mal, cuyas frentes marcará el desprecio público con eterno baldón.

La verdadera poetisa debe estar dotada de una imaginación de fuego, de un corazón tiernísimo y de un alma pura y sensible. Con estas cualidades no puede menos de amar lo bello y lo bueno donde quiera lo encuentre; y como la virtud es bella y es buena, amará la virtud y será buena y virtuosa. Encontrará encantos indecibles en sembrar la tranquilidad y la dicha, cumpliendo sus deberes de mujer, de madre, hija ó esposa, con la más escrupulosa religiosidad, haciéndolo por instinto, por amor y por la gloria y felicidad que indudablemente ha de resultarle, sin que entre para nada en sus miras la esperanza de recompensa, la cual no puede dudarse obtiene en la opinión pública, por más que alguna vez encuentre corazones ingratos ó envidiosos, que en lugar de premiar su abnegación la calumnien y



escarnezcan. ¡Oh! sí; recompensa es y muy grande el placer que resulta cuando se hace bien, y la profunda convicción de que se ha cumplido con las leyes impuestas por el Divino Hacedor á toda criatura, y la hermosa paz, la dulce tranquilidad con que se embriaga el alma cuando la conciencia está limpia de toda mancha. ¿Qué mejor recompensa? ¿Qué premio nos darian más grande, que el noble orgullo con que la mujer digna y virtuosa alza su frente, sin que nadie pueda hacérsela humillar enrojecida por el carmin de la vergüenza? ¡Ah! ninguno. Nada puede compararse á esta inmensa satisfacción; y esta satisfacción y este noble orgullo lo tiene toda mujer de nobles aspiraciones, que ama y practica la virtud por instinto y por amor, venerando y enalteciendo la bondad y la belleza donde quiera se hallen.

Por eso he dicho y repito, que la mujer escritora, la que verdaderamente ha recibido del Sér Supremo tan sublime don, está dotada de cualidades muy relevantes que la colocan sobre todas las mezquindades del mundo, sobre las ridículas y necias vanidades de la sociedad, y la convierten en un ángel de amor y de paz, que con el arpa en la mano y el sentimiento en el alma, se apresta á ser el escudo de las humanas desdichas, el apoyo de los desvalidos, el consuelo de los tristes, y el hermoso sol, que con sus vivificantes y purísimos rayos ilumina y alegra el hogar doméstico.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

### BALADA.

Yo los ví, aquella noche,  
Solos estaban,  
Enlazadas sus manos,  
Juntas sus almas.  
¡Ay qué desdicha!  
Mientras ellos gozaban  
Yo padecía.

El la hablaba de amores,  
Y ella escuchaba;  
Yo oculto los veía  
Vertiendo lágrimas.  
Sus ojos bellos,  
Para él eran lumbre,  
Para mí hielo.

Un ósculo en su frente  
La dió atrevido,  
Yo estaba tras la reja  
Muerto de frío:  
Noche maldita,  
¿Por qué no me ocultaste  
Tanta perfidia?

Y ella su amor ferviente  
Me dió con fuego,  
Por gusto de matarme  
Después con celos:  
Pérfida, ingrata,  
¿Por qué no me has matado  
Con otras armas?

El que quizás te miente  
Gratos amores,  
Disparará sin duda  
Tus ilusiones:  
Yo lo veía,  
Que en sus labios vagaba  
Negra sonrisa.

Ella feliz estaba  
Con él al lado;  
Yo triste los veía,  
Loco y sin ánimo;  
Tanto la amaba....  
Que al verla yo dichosa  
Gozó mi alma.

ANGEL MONDEJAR Y MENDOZA.

### MARIQUILLA LA IDIOTA.

(Continuacion.)

Su casa, su hogar, su familia, y cuanto más de sagrado existe para el individuo, franquea las puertas al hombre de fortuna, aunque haya encontrado el camino del rango y la elevación por un sembrado de cadáveres inmolados por él.

Esta es la moral de todos los pueblos; este el cuadro de las sociedades de más brillo. Con oro, no hay crimen: sin oro, llevarán los miembros de una familia donde hubo un delincuente la gangrena eterna de la culpa, el anatema cruel que los separa



de los demás hombres, hasta extinguir aquella raza ó arrojarla por completo en el abandono y la degradación.

¡Pobre María! como era idiota, abrazaba su niño con ternura, sin recordar el crimen de su padre.

Como era idiota, le alimentaba con su propio alimento; partía su pan y su lecho con él, y nunca le miraba con horror.

Como era idiota, hacia las veces de madre con aquel niño, sin acordarse del agradecimiento ó la ingratitud que mañana recibiría.

Y como era idiota, también tenía la rareza de arrodillarse y rogar por él, y pedirle á la Virgen le hiciera cristiano y bueno.

El hombre ilustrado y pensador no se hubiera atrevido á cometer semejantes locuras, y habría dejado vagar aquel niño por las calles, pedir limosna primero: llorar después viendo que no enternecía á los transeúntes, y robar más tarde, lleno de ira y de dolor, con la indiferencia de sus hermanos.

Después la justicia le cogería *infraganti*, le pondría á buen recaudo y en un calabozo inmundo, rodeado de seres abyectos llenos de depravación, aprendería perniciosas máximas, y al salir de allí ya no robaría á la ventura, lo haría con el arte de la escuela donde había estado, y algo más endurecido su corazón prepararía el puñal y haría certeros sus golpes.

Robaría con conciencia: es decir, á razón fría. Si tenía fortuna, llegaría á ser un gran hombre, marcharía á otro país, compraría un título, ó se haría hacendado y sugeto de pró.

Entonces nadie se metería á averiguar de dónde había salido aquel personaje, llovido como por encanto, ni á dónde iba, ni por qué se estaba.

¿Hay acaso anatema posible para el que no necesita de nadie?

Pero..... si el ladrón robaba sin fortuna, si le cogían en el *garlito* con un pequeño puñado de plata, ¡infeliz de él entonces! se desenterrarían dormidos papeles, se recordaría al momento sus antecedentes, se publicaría que su padre fué un asesino, que él era un malvado, y se prepararía un cordel para hacerle bailar por imbécil. ¿Á quién se le ocurre no aprender el arte por entero, y robar plata en vez de oro, y ser un *ladronzuelo infeliz* en vez de un *ladronazo estúpido*?

Ambos son los caminos de esos descuidados seres que el mundo abandona con su nombre manchado,

en vez de recogerlos é instruirlos entre sábios religiosos ó científicos doctores.

María, como era idiota, solo sabía que arrullaba una tierna criatura en sus brazos, sin meterse en lo demás.

¡Por primera vez en su vida sintió haber perdido el órgano de la voz! Ella oía que las madres cantaban á sus niños, y que estos sonreían de gozo á sus madres..... Y como se había constituido en madre de aquel infeliz, deseaba cantar y mecerle y dormirle, como una de aquellas felices mujeres nacidas para gozar de tan inefable encanto.

Como decíamos, no había dormido la infeliz en tres noches y tres días cuidando á su niño, y al oscurecer el tercero, fué por unas malvas á una hacienda inmediata donde las tenían siempre frescas y hermosas.

María partió, y un pensamiento infernal ocurrió á sus hermanas.

Arrebatarse el niño y enviarle á la Inclusa, ¡interín volvía la infeliz.

Con este objeto, llamaron á un hombre rudo, que vivía cerca de ellas, cuyo comercio y modo de vivir se reducía á pillar víboras y culebras y llevarlas á las boticas de la ciudad.

Este hombre, cuya frente chata y cabeza puntiaguda, espresaba la ignorancia y el crimen en toda su repugnante faz, tenía también la comisión de llevar los frutos de la culpa y el pecado al torno de las Madres de la Caridad, y dejarlos allí con la misma indiferencia que si fuesen un puñado de gatos acabados de nacer, que se arrojasen al río para no aumentar la especie.

Nunca había llorado ni sonreído, ni sabía otra cosa de la existencia que satisfacer su hambre voraz, ganando por cualquier medio lo suficiente á aplacar su intenso deseo.

Las dos hermanas fueron juntas á llamarle, y cuando vino á la casa le enseñaron una moneda de plata, diciéndole:—Es para tí, *Viborezno*, si llevas á ese niño que duerme á su casa.

Nadie conocía á este hombre por su nombre de pila, sino por el apodo *Viborezno*, nacido de su ejercicio repugnante.

El hombre miró la criatura que le señalaban, y luego miró la moneda para cerciorarse; era de ley, y sin titubear tiró á un lado la ropita que cubría al niño, y le cogió bruscamente entre sus brazos.

Las sonrosadas carncitas del niño sintieron un



frio glacial, despojadas del abrigo que la caridad de María les había puesto; y á pesar de su letargo, el inocente abrió los ojos, y empezó á llorar con desconsuelo.

*Viborezno* estrujó su cintura impiamente, diciéndolo con mal humor:

—¡Si llora así, no lo llevo menos de diez reales.

—El niño, al oír aquella voz desagradable y ronca, miró con espanto el hombre que le conducía, y lloró con más fuerza aún, queriendo arrojarse en brazos de Rosario y Pilar, que le decían algunas frases cariñosas para acallarle, y traían una especie de saco con que envolverle.

La lucha del inocente fué desesperada, tanto, que aquellas dos mujeres, de alma aviesa y dura, dijeron á *Viborezno*, arrepentidas yá del atentado:

—¡No le lleveis! ¡No le lleveis ya!

—Pero *Viborezno* tenía aquella noche un hambre terrible, y había visto una moneda de plata.

Con ambas cosas, lo mismo hubiera asesinado el niño que le hubiera llevado á la Inclusa.

—¡Calla, mala yerba! ¡Calla, hijo de tu madre! ¡Calla, bribonazo! Tales eran los consuelos que dirigía al huérfano su terrible conductor.

—¡Dejadle! ¡dejadle en su lecho! repetían las doncellas, mirándose con espanto.

—¡Eh! ¿quién quiere niños que lloran como este? Yo me le llevaré donde le enseñen á callar, ó á reventar por un costado si sigue con este genio furioso. Y *Viborezno* echó á andar hácia la puerta, temeroso de que le arrebatasen la presa.

En aquel corazón depravado, en aquella cabeza obtusa y deprimida, en aquel rostro repugnante y estúpido, no asomó una ráfaga de piedad ni átomo de compasión.

—¡Dadme la moneda! dijo volviéndose de repente, para cenar en la ciudad, que allí se come mejor que en el pueblo, y le sirven á uno como un caballero.

Rosario y Pilar se miraron asustadas de haberse asociado en el crimen con aquel sicario infernal, que pensaba en comer mientras oía llorar desesperadamente un niño.

Debemos decir en honor de estas dos mujeres, que demostraban ser de alma tan dura, que en aquellos momentos tuvieron horror de sí mismas, é intimaron varias veces á su cómplice para que soltase la víctima.

Pero el malvado tenía sus brazos enroscados al

rededor del cuerpo del niño, como dos culebras que suben á la vez por el tronco de un árbol.

Rosario y Pilar, que tenían esa altanera hermosura de las antiguas griegas, en aquellos instantes terribles parecían dos estatuas de mármol que quisieran espresar la culpa y el arrepentimiento, la resolución y la timidez.

—¿No me dais la moneda ahora? dijo *Viborezno* andando hácia la puerta; pues bien; antes que cante el gallo volveré por ella, y si estais durmiendo os echaré la puerta abajo á golpes, y si no habris pronto, le contaré á la vecindad que despues de haberos desembarazado de este muchacho que aborreceis no me quereis pagar este servicio.

—¡No le lleveis ya! ¿lo oís? dijo con imperio Rosario siguiendo á *Viborezno*.

—¡Vaya vaya! me hareis dar voces y llamar gente para contarles que me habeis llamado para engañarme, dijo aquel hombre cruel sin soltar su presa.

—¡Pues idos! idos pronto, exclamaron á la vez las dos hermanas, apartando la vista con horror del grupo que representaba el crimen, atormentando bárbaramente la inocencia; pues el infeliz niño, que ya tenía conocimiento de lo que pasaba en rededor, cuando pudo convencerse que se lo llevaban, dió tales gemidos, que hicieron huir aterrados á un rincón á las culpables hermanas de la desventurada María.

Esta, que á la sazón tornaba á su casa, encontróse en el camino el hombre que le robaba su pequeño ángel: conoció al malvado, conoció al niño, y todo lo adivinó de una ojeada.

La infeliz quiso seguirles, pero no pudo: su pecho parecía se había partido en muchos pedazos, y al hacer un esfuerzo espantoso, terrible, para llamar gente en su socorro, el habla que había perdido de niña, efecto de una emoción terrible, le fué devuelta por otra emoción, y exclamó llena de desesperada angustia:

—¡Mi niño! ¡qué me roban mi niño! ¡ladrones! ¡ladrones! ¡Socorro! ¡socorro! . . . . .

Y loca, frenética, corrió desalentada, sin saber por dónde ni cómo; pues *Viborezno* había desaparecido, y solo veía, como en un sueño espantoso, gentes que la seguían á ella, y la preguntaban dónde estaban los ladrones y la persona que había gritado; pues sabiendo todos que era muda, no podían soñar siquiera hubiesen salido aquellos gritos de sus labios.



Todos los vecinos se atropellaban por las calles del lugar buscando la mujer que gritará ¡ladrones! de una manera tan desesperada, y pronto se vió María sola y sin fuerzas para seguir su camino.

El dolor moral vino á matar el esfuerzo físico, y la infeliz medio muerta, se arrastró hacia su casa diciéndole:—¡Son mis hermanas las que se lo han entregado, ¡Dios mío! ¡y yo no puedo acusarlas!

Era tal su pena y postración, que ni aun siquiera bendijo al Sér Supremo porque la había devuelto el habla perdida desde la niñez.

No pensó en que hablaba, solo en que le habían robado una criatura que amaba locamente, que consideraba como un hijo, y qué hacia la felicidad de su triste vida.

Cuando llegó á los umbrales de su casa, tuvo que hacer grandes esfuerzos para no desmayarse antes de entrar; pero la Virgen que veía sus dolores y la quería por su amiga, llevándola á la gloria, mártir y purificada por los dolores, la ayudó á cruzar los umbrales de aquel recinto donde momentos antes se había perpetrado un crimen que la asustaba.

Rosario y Pilar se habían escondido en su cuarto temiendo la llegada de la idiota: pero despues, con la audacia propia de su aviesa condicion, dñéronse mirándose la una á la otra, ya repuestas algun tanto del susto:—¡Creerá esa imbécil que la tenemos miedo!

—No debemos ocultarnos, dijo Pilar con sangre fría; porque es menester negar en caso preciso que hemos sido nosotras las que hemos entregado el niño.

—Mariquilla es tonta é incapaz de acusarnos por nada: ¿no recuerdas aquella vez que la rompí la cabeza por imbécil, y en vez de llamar á las vecinas se metió en su cuarto, y no salió de allí hasta que estuvo curada? dijo Rosario con entera satisfaccion de su impunidad.

¿Y no recuerdas tambien, continuó luego, la noche que tuvimos que darla un palizon terrible porque se empeñó en que recogiéramos aquel ciego que tenia la nariz comida de lepra?

Pues ni siquiera dijo esta boca es mía.

¡Pues cosas hace, murmuró Pilar entre dientes, que llevan sus picardías!

—¿Qué dices?

—¡Toma! mira cómo oculta los regalitos que la dan por ahí, y luego se los lleva de tapadilla.

—¡Toma! ¡ya he averiguado la causa! Ahora le ha-

dado por llevar todo lo que recoge á la choza, del tío Lorenzo, que no puede trabajar porque tiene calenturas.

—¡Bribona! y nosotras manteniéndola con tanto trabajo! ¡Mira! ¡mira la solapada, enbustera, de todos tiene piedad menos de sus pobres hermanas!

## XVI.

Un grito, un gemido doloroso, un ¡ay! de muerte interrumpió la plática de las dos hermanas, que acudieron al sitio donde se oyera.

Era María que habia caído al fin anonadada y desvanecida por el dolor á la entrada de su casa, y parecia próxima á espirar de angustia.

Al reconocerla, sus hermanas la levantaron trémulas y apartando la vista de su rostro, por temor de que las mirase como un juez severo de sus culpas.

Aunque el sér ofendido sea una hormiga, incapaz de causar daño, siempre debe herir la vista del delincuente que la ofendió.

¿Qué hay dentro del sér culpable?

Una casa cuya puerta

No da entrada al inhumano,

Aunque este jamás la cierra.

Quiere recibir maldades

Y oró injusto y recompensas,

De los crímenes que hizo,

Del daño que cometiera.

—¡Pasad adelante! dice:

Á la avaricia y soberbia;

Y las dos en los umbrales

Se detienen con reserva.

—¡Pasad!—le dice á la culpa

Y al crimen con su tez negra,

Y el crimen y culpa inmóviles

Parece que los sujetan.

—¡Pasad!—dice á las maldades

Que fueron sus compañeras,

Y las maldades se miran

Y allí permanecen quietas.

—¡Pasad! que yo os doy entrada

—Grita con torpe fiereza,

Y aquellas malas pasiones

Una línea no atraviesan.

—¡Pasad! ¡no hay mas Dios que el oro!

Dice con mirada aviesa,

Y ¡nadie! nadie adelanta



ni al aposento se interna!

—¡Pasad!!... grita enronquecido

Y animoso forcejea,

Asiendo por los cabellos

Estas deidades protervas.

Desmelenado, sangriento,

Los ojos le centellean,

Y resuelto á que le sigan

Emprende lucha con ellas.

Pero en los umbrales siempre

Horrorizados se quedan,

Mirando el gran interior

De aquella casa tan régia.

Y al fin esclaman llorando

De rábia ó de cruda pena—

—¿Cómo quieres que pasemos

Si está dentro la conciencia?

—A esta voz tiembla el culpable,

Y las maldades artéras

Huyen sin volver el rostro

Temiendo que allí los vean.

Y todos corriendo gritan—

—¡Huyamos, que aquí se encierra

El juez y verdugo á un tiempo

Que á sentenciarnos se apresta!

—Nadie pase esos umbrales

Si el crimen consigo lleva,

Porque la *conciencia justa*

Nunca sin castigo deja.

Rosario y Pilar temian en aquellos momentos de justicia suprema á la niña inofensiva y generosa, que ningun daño podria hacerlas.

Temian porque eran culpables; porque habian sido malas, y la maldad tiene su castigo en el torcedor que la corroe.

La palidez de aquellas dós mujeres era horrorosa; pero más pálido estaba aun un hermoso mancebo que ellas no veian en su turbacion, y que, asomado al dintel de la puerta, observaba la escena que pasaba allí.

En su rostro agitado por el dolor brillaban dos grandes ojazos negros, que despedian rayos de justicia y severidad, contra las dos culpables doncellas que sostenian horrorizadas el cuerpo convulsivo de la infeliz María.

Alguna vez el irritado jóven bajaba la vista hasta *La Idiota*, y queria brotar á sus párpados una lágrima: pero al volver á mirar las culpables que la sostenian, se volvió otra vez airado y severo.

Aquel mancebo tan iracundo, y hermoso á la vez, parecia representar la justicia de Dios, cuando enviaba su fuego á David para que destruyese con él los idolos en el valle de los Gigantes, donde acampaban los filisteos.

—¿Se morirá? preguntó Rosario á su hermana con voz sorda, señalando á la *Idiota* desmayada.

—¡No! respondió Pilar con acento casi imperceptible; siento latir bajo mi mano su corazon.

La pobre María hizo de repente dos ó tres movimientos convulsivos, y las dos hermanas dieron un grito de sorpresa más bien que de alegría.

—¿Ves cómo vive? gritó temblorosamente Pilar.

—¡Abre los ojos! ¡Oh! exclamó Rosario incorporándola un poco.

La infeliz miró con estravio: separó los cabellos de su frente, y dirigiendo repentinamente la mirada al cuarto de donde habian arrancado al huérfano momentos antes, exclamó con una voz sepulcral y dolorosa:

—¿Por qué me le habeis robado? ¿Qué daño os hacia ese infeliz?

Un rayo caído á los piés de aquellas mujeres sin anunciarse siquiera con el relámpago, no hubiera hecho la impresion espantosa que la voz de la muda reconviniéndolas.

Lanzaron un grito espantoso, se crisparon su miembros, se dilataron sus pupilas, y corrieron horrorizadas á esconderse en un rincon; estrechándose la una con la otra, como queriendo romper la pared para huir de aquella voz providencial y terrible que jamás habian escuchado, y recobrada entonces sin duda en los pulmones de María para hacerles una acusacion tan justa.

El sombrío testigo que se hallaba á la puerta tambien se quedó lívido como la muerte, y tuvo que apoyarse para no caer, tal fué la sorpresa que le causó la voz de María; de María, que nunca habia hablado; de María, á quien tanto admiraba, y en cuyo semblante dulce y lleno de ternura habia contemplado más de una vez la sonrisa de las mártires del cielo.

—¿Por qué me le habeis quitado? volvió á decir la desventurada, arrastrándose de rodillas hácia el cuarto del niño, como queriendo todavía hallarle.

Ninguna de las dós hermanas respondió, y la infeliz María, arrojándose sobre el lecho vacio, como una madre sobre la cuna del hijo que acaba de morir, empezó á dar unos sollozos tan profundos como si quisiera ahogarla la fuerza del dolor.



Por primera vez de su vida lloraba desesperadamente y sin consuelo: lloraba rios de lágrimas y mares de angustia, sin que su conformidad, nunca desmentida, le acudiese en aquellos momentos.

Sus hermanas la miraban sin atreverse, como otras veces, á oprimirla con sus injustas razones, ó á castigarla con su crueldad.

Pilar, sobre todo, se encontraba anonadada, confusa, y miraba á su hermana como interrogándola de lo que debían hacer.

Esta se encogía de hombros, sin hablar siquiera; pero viendo que los sollozos de la pobre María se doblaban, se repuso de repente de la poca compasión que parecía tenerla, y dirigiéndose con paso firme cerca del lecho donde gemía la infeliz, la dijo con la mayor entereza:

—¿Concluirás por impacientarme al fin, imprudente? Te hemos hecho un bien con arrebatarte esa criatura, nacida de un padre criminal y deshónrado, y aun quieres probar nuestra paciencia arguyéndonos por ello. Más debíamos nosotras argüirte á ti qué nos has engañado años y años fingiéndote muda. ¡Oh! eres muy mala, María, cuando has podido sostener tu papel tanto tiempo.

Esa es una astucia infame de que te has valido para sorprender nuestros secretos, sin que nada sospechásemos de ti. ¡Y te llamábamos *Idiota*, á ti, que con tanta maldad vivías fingiendo y engañando de continuo! Esa es una perversidad increíble, una impostura que denunciaremos para que todos te conozcan y te aborrezcan, viendo hasta dónde llega tu perfidia.

—¡Oh Dios mio! ¡Dios mio!—esclamó María, cayendo de rodillas, y abandonando el lecho que había inundado de lágrimas—¡después de haberle arrancado de mis brazos, ahora quieren acusarme de una maldad inaudita!

¿Por qué sois tan crueles para mí, hermanas mías? ¡para mí que nunca os hice daño alguno!

¡Volvedme mi ángel! ¡volvédmele por Dios!

¿Dónde han llevado mi niño? ¡responded! ¡responded por la Virgen Santísima! ¿Dónde le habeis enviado? ¡Volvédmele! ¡volvédmele por Dios!

—¡Silencio! dijo Rosario con dureza. Mi paciencia se agota con esas exageradas lamentaciones.

El niño está donde no volverás á verle, ¡insensata!

—¡Oh! ¡no puede ser! ¡Es imposible! ¡Vosotras os apiadareis de mi dolor! Me compadecereis, porque

me voy á morir; porque el cielo se apiada ya de tantos sufrimientos, y oigo una voz suprema que me dice:—¡Es el último tormento que te resta!—Pero antes quiero que me devolvais esa pobre criatura, que yo la confié á unas manos piadosas, que le estreché contra mi corazón, y la presenté á la Virgen para que la proteja y la bendiga!

—¡Es tarde! respondió Pilar con sangre fría.

—¡Ya le cuidarán mejor que se merece! dijo Rosario mirando con desden el dolor de su hermana.

Los hijos de los bandidos, deben ser mirados como el perro rabioso á quienes todos asestan sus tiros.

No se hable más de ello, y vamos á dormir. No merece tan pequeña criatura que nos atormentemos considerando su suerte.

Te prohibimos, dijeron las dos á un tiempo, que en lo sucesivo nombres siquiera al hijo de un hombre malvado, que manchaba nuestra casa solo con saber que le habías recogido.

—¡Oh! ¡no os ireis! no os ireis por Dios á dormir, sin decirme dónde he de ir á buscarle, dónde le hallaré, dónde le ha conducido ese hombre horroroso.

Y la infeliz María se arrastraba por el suelo desesperadamente, y su respiración era anhelante y entrecortada, y sus ojos sin lágrimas ya que derramar, se habían quedado secos y fijos, y sus súplicas se iban volviendo gemidos de agonía terrible.

—¡Cuando te digo, exclamó Rosario, mirando furiosa á María, que al fin agotarás mi paciencia, y habré de golpearte para hacerte callar!....

—¡Oh! ¡mátame! ¡mátame! dijo la desventurada, ¡pero yo no podré callar! Yo te pediré hasta el último momento mi pobre niño: yo te le pediré en nombre de la justicia divina; yo te le pediré ante personas que sepan he muerto de dolor!.... Pero, ¿qué digo? ¡sois mis hermanas! Yo no hablaré nunca; yo no hablaré; pero, ¡dádmele vosotras! ¡Dádmele en nombre de la Virgen! ¡Yo no puedo vivir sin él! ¿Por qué me le habeis robado?

—¡Eh! ¡basta de comedias y de insultos! ¡Duerme si puedes dormir, y calla! ¡Calla, ó te haremos callar cual otras veces!

Y al decir esto Rosario, dejó caer su desapiadada mano sobre el hombro de la infeliz, arrastrándola hácia el lecho.

—¡Oh! ¡no toques ese ángel del cielo con tu mano impía! exclamó una voz terrible cerca del oído de esta mujer cruel.



La desapiadada hermana se volvió, y lanzó un grito al encontrar junto á sí á Aurelio, pálido como un cadáver, pero terrible y amenazador como la justicia del Supremo.

—¡Eres una malvada! ¡una impía! exclamó el irri-tado mancebo, apartando de María aquella culpable mujer que tanto la había ofendido.

—¿Qué dices, Aurelio? exclamó ella altanaramente levantando la cabeza para mirarle mejor.

—¡De rodillas, insolente! ¡De rodillas! dijo sacudiendo el brazo á aquella malvada hermosura, haciéndola caer por fuerza de hinojos cerca de María.

—¡Ese es tu lugar, junto á la mártir que has escarnecido y atormentado!

—Pero tu perversidad ha llegado á su fin, porque he tenido la dicha de conocerte.

—¿Dónde está el niño que reclama esa infeliz?

—¿Dónde le habeis enviado? . . . . .

—¿No hablais, inhumanas? ¿Creeis que yo no le hallaré? ¡Ay de vosotras si el niño ha sido muerto! ¡Ay si no le llevo á encontrar!

Y blandiendo Aurelio una luciente daga de plata sobre las cabezas de los culpables, les hizo dar un grito espantoso.

—¡Teneis miedo á la muerte, insensatas! ¡Y no le habeis tenido de cometer un crimen!.....

Siempre es cobarde y villana la culpa; pero yo vengo aquí á juzgaros y á imponeros el castigo que mereceis; á no tener piedad de vosotras, porque no la habeis tenido de esa pobre criatura tan angelical y buena, ni la habeis tenido de mí, que era mas que vuestro hermano.

—¡Comprendo! ¡Comprendo muy bien! exclamó Rosario mirando alternativamente á Aurelio y á María de cierto modo malicioso y ofensivo, que no dejaba duda de lo que queria espresar.

Fingiéndose muda, fingiéndose idiota, era libre, iba sola á todas partes, se internaba en el bosque, pasaba las tardes en las praderas, en las chozas vecinas, y allí podia sin temores tener entrevistas con el que ha fingido tanto tiempo amarme á mí, solo por venir á ver á esa pérfida, á esa malvada, que ahora mismo arrojaré de mi casa, como á vos tambien que venis á ultrajarnos, solo por los consejos de esa niña desalmada y calumniadora.

—¡Dios mio! detened mi brazo, porque voy á herir á esta mujer que he amado tanto, y por la cual mi nombre ha sido el ludibrio y el juguete de cuan-

tos me conocian! exclamó Aurelio indignado y furioso.

Ya no os amo, porque sois una mujer malvada; os aborrezco, porque lo mereceis, y aborreciéndooos tanto, ya veis que os puedo herir sin titubear.

¡Pedid perdon á María!.... ¡De rodillas, os he dicho ya! ¡De rodillas, que es el lugar que os toca, á vos, la calumniadora, á vos, la malvada, á vos, la criminal, que martirizais una santa, y á vos, en fin, que acabais de cometer un crimen, arrancando de los brazos de la caridad una infeliz criatura, enviándole á morir quizás con esa sangre inhumana y fria de las malvadas y los asesinos.

(Se continuará.)

ROGELIA LEON.

## ESPLICACION DEL FIGURIN.

### TRAJES PARA BAÑOS DE MAR.

**Primera figura.** Vestido de tafetan encarnado, con otro encima de muselina, figurando túnica emperatriz; que se recoge á los lados con lazos de cintas. Casaca de muselina, adornada de ruches y encañonados. Toquilla de paja de arroz, rodeada de terciopelo, y adornada de plumas.

**Segunda figura.** Falda corta de tafetan azul, con una hilera de estrellitas sobre el falso. Encima vestido de linon drapeado en cada paño por una tira de tafetan, sujeta con una estrella. Mangas largas de linon. Pequeño pardessus sin mangas, de tafetan, adornado de bellotas, lazos de cinta figurando hombreras. Capuchon con bellotas y borlas. Sombrero redondo de paja de Italia: el borde está levantado á la izquierda por una garzota; una espiga rodea la copa, de la cual pende un velo de tul cuyas puntas caen por detrás: botas rusas.

**Tercera figura.** Traje de baño para niño. Es de franela rayada, ribeteado de encarnado.

Por todo lo no firmado,

*El Secretario de la Redaccion, JUAN DE MOLINA.*

**Editor propietario, VALENTIN MELGAR.**

Madrid: 1865.—Establecimiento tipográfico de R. Vicente.  
Calle de Preciados, 74, bajo.





# LA VIOLETA

*Redaccion y Administracion*

Concepcion Geronima N° 13 Pta Derecha.  
Ayuntamiento de Madrid



